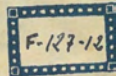


92 (Alberoni)



QUADERNI DELL'ISTITUTO ITALIANO DI CULTURA IN SPAGNA

V

MANUEL FERRANDIS TORRES

UN MINISTRO ITALIANO EN LA
CORTE DE FELIPE V: ALBERONI

MADRID

1942-XX

UN MINISTRO ITALIANO EN LA CORTE DE FELIPE V: ALBERONI

CONFERENCIA pronunciada el día 24 de enero de 1942, en la apertura de Cursos de la Sección de Valladolid, por el doctor D. MANUEL FERRANDIS TORRES, Catedrático de la Universidad de Valladolid.



MADRID
1942-XX

CORTE DE FELIPE V. ALBERONI
EN MINISTERIO ITALIANO EN LA

CONFERENCIA internacional de la historia de la lengua
de 1943 en la apertura de la lengua de la lengua
de Valadón, por el doctor D. MANUEL EL
REANOS TORRES, con el título de la lengua
de Valadón.

MADRID
1943 XX



SI siempre es grato para un Profesor de Historia el comentar en voz alta cualquiera de los interesantes temas que nos ofrece nuestro pasado, ha de ser más profunda su satisfacción cuando el tema recuerda la colaboración de una nación hermana y el comentario ha de hacerse en este ambiente de confraternidad tan predispuesto a la mutua confianza. Hablar de Italia entre los españoles, como hablar de España entre los italianos, es seguir la vida paralela de dos pueblos escogidos por la mano de Dios, es hablar de identificaciones y de coincidencias, de frecuentes contactos y recíprocas influencias, es hallar en la propia Historia la huella del país hermano y sentir en la propia sangre la llamada racial del origen común. Por eso es tan fácil hablaros de Italia, al hablaros de España, y por eso pude aceptar sin vacilaciones, gratamente impresionado aunque audazmente atrevido, la invitación que para ocupar esta tribuna me hizo el Profesor Capecechi, este dinámico, inagotable e insustituible Director del Instituto Italiano de Cultura.

Y aquí estamos juntos otra vez para inaugurar un nuevo curso y para confirmar con nuestra sola presencia lo que os acabo de decir: el interés del español por lo italiano y la seguridad de vernos a nosotros mismos cuando al italiano queramos evocar. Hubo un momento en la historia de la Humanidad en que era Roma la rectora del mundo, en ella se concentraban el poder material y la cultura espiritual, su idioma y sus armas, sus normas jurídicas y sus expresiones artísticas se desparramaban por todos los países civilizados, y

Germania y Britania, las Galias y España, Mauritania y los pueblos orientales eran simples provincias del colosal imperio de los césares romanos. Pues bien, en aquel monopolio de poder ejercido por la Roma imperial sólo una nación podía levantar serenamente la voz y acercarse con decoro a la dueña del mundo; esta nación era la nuestra, España, capaz de presentar un Marco Anneo Séneca que restaurase la elocuencia de Cicerón en la tribuna romana, de servir de maestra a Nerón en la persona de Lucio Anneo, de reavivar con Columela la afición a los estudios científicos y abrir enseñanza de retórica en la escuela de Quintiliano; sólo España podía darle a Roma Emperadores y sólo España pudo dar un Papa a la Cristiandad en la persona de San Dámaso.

* * *

Hubo otro momento en la vida de los hombres en que era España la directora del mundo civilizado. Y este mundo, que se había duplicado con el descubrimiento de América, estaba pendiente del menor gesto de los monarcas españoles, pues de ellos dependía la marcha de la política internacional; y Nápoles, Sicilia y Milán, Flandes y el Franco Condado, Austria y Borgoña, el mundo recién descubierto y los territorios asiáticos y oceánicos, garantizaban la continua permanencia del sol en los dominios españoles. Pues bien, también en aquel inmenso monopolio de poder ejercido por el Imperio español, existía un pueblo que se acercaba a España con firmeza espiritual y enviaba sus hombres escogidos en magnífica respuesta a las embajadas de quince siglos atrás. Serían primero los Geraldino, Marineo Sículo o Mártir de Angleria; vendrían más tarde los Fancelli, los Bolonia, los Leoni, y acabarían acudiendo en brillantísima cohorte los inmortales artistas del Renacimiento italiano que traían en sus pinceles las más bellas joyas del tesoro artístico español.

Pero no era sólo en los momentos cumbres sino en todas las épocas; a través de nuestra larga y complicada Historia han sido frecuentes las mutuas llamadas y las influencias mutuas. Porque si es cierto que el Gran Capitán explicó en Nápoles las más fecundas lecciones de arte militar, también es cierto que Filiberto de Saboya escribió en San Quintín una de las más brillantes páginas de la historia de las batallas. Y si la gran epopeya americana fué obra del esfuerzo y afán expansivo del pueblo español, un Colón, cuyo origen genovés bien puede aceptarse, abrió las rutas del Nuevo Mundo, un Toscanelli aportó su bagaje científico y un Vespuccio, cuyas andanzas por los mares americanos os ha descrito tan perfectamente desde este mismo sitio mi compañero el Doctor Melón, sumó sus esfuerzos al de los primeros exploradores del territorio que se acababa de descubrir. Y españoles e italianos fueron los gestores únicos del Concilio de Trento, de aquella inmortal asam-

blea, la más importante de la historia eclesiástica, que había de asentar las bases firmes, inmovibles y eternas de la Fe católica. Y venecianos, pontificios y españoles serían los únicos que en el fraternal abrazo de la Liga Santa formada por San Pío V presentasen al turco la decisiva batalla y alcanzasen en Lepanto la victoria indiscutible de la Cruz. Y si fueron muchos los príncipes españoles que nacieron, vivieron y lucharon en Italia, muchas fueron también las princesas italianas que vinieron a compartir el tálamo regio con nuestros monarcas y acabaron por sentirse españolas de adopción; si fueron numerosas nuestras expediciones militares para intervenir en las cuestiones interiores de los reinos italianos o para defender al Sumo Pontífice de agresiones extrañas, no menos numerosas fueron las embajadas artísticas o los ministros del país hermano que venían a orientar nuestro espíritu o a intervenir en nuestra política, con la libertad de quien se sentía en fraterna nación. Aun no hace tres cuartos de siglo, en un momento crítico de nuestra Historia, en uno de aquellos vaivenes violentos de nuestro complejo siglo XIX, un Príncipe italiano venía a ocupar el trono español y en su paso rápido por nuestro suelo, agitado por las más violentas pasiones políticas, dejaba el recuerdo grato e imborrable de la más correcta caballería.

¿Qué puede tener de extraño, por lo tanto, que en otro momento crítico de nuestra vida nacional, el más grave de nuestro pasado, en ese momento decisivo que ha desfilado ante nuestros ojos deslumbrados con llamaradas de expiación y fulgores de aurora boreal, en ese momento en que se ventilaba para nuestra Patria el ser o el dejar de ser..., qué puede tener de extraño, repito, que haya sonado a nuestro lado la voz de Italia en ratificación solemne de la tradicional hermandad? Y ¿qué tiene de particular que la amistad que selló la sangre mezclada en los campos de las dos penínsulas mediterráneas se continúe hoy más allá, entre estepas nevadas y lagos helados, en las tierras continentales que no conocieron el "Mare Nostrum", si existen allí los objetivos ideales que en todo tiempo las movieron a luchar? Hoy están juntos los soldados italianos y españoles, como lo estuvieron ayer, como en días lejanos lo estuvieron los literatos, los artistas y los políticos de los dos países, como lo estamos nosotros aquí, sellando con nuestra sola presencia esta atracción mutua y este deseo de íntima colaboración, como lo estarán el día de mañana, cuando la decadencia del poder atlántico que durante siglos ha absorbido en beneficio propio la actividad de Europa permita la reconstrucción íntegra y la acción fecunda de los pueblos heroicos que quieren vivir.

Ved, pues, si es fácil el hablaros de un asunto que nos interese a todos y si es sencillo plasmar en una conferencia cualquier momento de nuestra ininterrumpida colaboración. Bastaría coger un artista, un viajero, un escritor, un diplomático italiano y en seguida surgirían mil incidencias y alusiones que se refirieran a nuestra Patria; como bastaría elegir un príncipe, un mili-

tar, un cronista o un embajador español para que nos evocase en todo momento cuestiones y problemas del pueblo italiano. Y si damos por supuesta la natural creación en el país hermano de los Centros españoles de Cultura que complementen paralelamente la labor de sus similares en nuestro suelo, yo creo que debe ser en Italia y por italianos donde se hable de los españoles que actuaron allá, como debe ser en España y por españoles los que hablemos de la actuación de los italianos acá. Por eso va a ser un italiano el motivo de nuestra charla, de nuestro comentario, y no un italiano de renombre universal, no un artista cuyas obras puedan admirarse en nuestros Museos, que nada podría decirnos de ellos que no supierais ya, sino de un político, de un ministro de nuestra corte borbónica, de un humilde parmesano que alcanzó las cimas del poder y pasó unos años entre nosotros dejando unas huellas algo esfumadas para la generalidad, pero que bien conviene reavivar: vamos a evocar el ministro de Felipe V, Cardenal Julio Alberoni.

Mas como también sabéis que no es posible valorar justamente la actuación de un personaje histórico sin conocer primero el teatro en que se desarrolló su acción, comenzaremos por advertir que la España que conoció a Alberoni acababa de sufrir el primer gran revés de su Historia y se hallaba en esa situación crítica, desorientada y confusa que sigue a las grandes catástrofes nacionales. Se había extinguido una dinastía: la de Austria, se había implantado una nueva Casa: la de Borbón, se había saltado del siglo XVII al XVIII y todo ello se había producido entre intrigas diplomáticas y conflictos bélicos, en medio del estruendo de una Guerra de Sucesión, que no se vería liquidada hasta las paces de Utrecht y de Rastadt; en aquel año de 1715 se consumaba el primero de los fatídicos 98 de la historia española. Y así como en el 1898 de la paz de París, las bayonetas yanquis segaron los últimos y más bellos florones de nuestro imperio colonial, en el 98 de la paz de Utrech las tropas austriacas e inglesas segregaban de nuestra corona todas las posesiones europeas y clavaban en nuestra propia carne la vergüenza de una frontera meridional.

Cuando Alberoni iniciaba sus primeros pasos por España pudo contemplar todavía el esfuerzo gigante de nuestros soldados luchando en la península y en Francia, en Flandes y en Alemania, en Italia y en el mar; pudo presenciar el abandono de Felipe V por parte de su abuelo Luis XIV, más inclinado a conservar sus estados que los del reciente monarca español; pudo ser testigo del despojo de Menorca y Gibraltar, y pudo y supo recibir tales lecciones de la página histórica que ante sus ojos se desarrollaba, que de ella aprovechó y en ella podemos encontrar nosotros los mejores antecedentes de su futura actuación. Precisamente en el año 1714 ocurren en Europa tres sucesos, anodinos al parecer e independientes entre sí, pero que al producirse conjuntamente iban a tener consecuencias decisivas en la orientación

política de nuestro Cardenal. En el transcurso de pocos meses desaparecen tres figuras del panorama europeo: en Inglaterra muere sin sucesión la reina Ana Estuardo y sube al trono Jorge I de la Casa de Hanover, dejando planteada la existencia de un aspirante, Jacobo, que en el momento oportuno será utilizado; en Francia fallece el Duque de Berry, nieto de Luis XIV, hermano de Felipe V, y pasa a primer término la figura del Duque de Orleans, creando o excitando en Felipe V la posibilidad de aspirar al trono o la regencia francesa; en España, agotada por los improbables trabajos y esfuerzos de la Guerra de Sucesión, pierde la vida la Reina María Luisa de Saboya y plantea el problema de un nuevo matrimonio real que podía significar, como así sucedió, el cambio total de la política española. En el tablero europeo surgían tres nuevos peones para la gran jugada internacional y había de ser Julio Alberoni el jugador que mejor aprovechase la colocación de las nuevas piezas. La inglesa le serviría para atacar a la gran vencedora de Utrecht, la tradicional enemiga de España desde la Armada Invencible; la francesa sería utilizada para romper la sumisión a Francia, para contestar al abandono de Luis XIV; la española iba a servir de reacción contra Utrecht y Rastadt y de recuperación del horizonte italiano en la política española.

* * *

Pero antes de que veamos actuar a nuestro protagonista, antes de que comience a manejar desde la corte de Felipe V los complicados resortes del teatro europeo, me preguntaréis: ¿quién era y por qué estaba en España personaje de tal categoría? Os lo voy a presentar con toda prontitud. Y me bastará para ello recoger algunos datos de los innumerables que han acumulado los cronistas e historiadores de toda clase y nacionalidad sobre figura tan destacada de la política internacional. Precisamente el mismo Alberoni puede ser considerado como su primer biógrafo, si se tienen en cuenta las cartas íntimas que dirigió a su confidente el conde Rocca y que han sido publicadas por el francés Bourgeois y comentadas por el español Rodríguez Villa; precisamente también han de ser italianos como Bersani o Professione, franceses como Rosset o Baudrillart y españoles como Luis de Acuña o Macanaz, los que nos proyecten con el mayor número de detalles la actuación histórica de nuestro Cardenal y nos suministren los elementos necesarios para poderla juzgar. Veamos, pues, lo que nos dicen sus historiadores, que mucho más será lo que nos diga él mismo cuando le veamos actuar.

En 1664, en la pequeña aldea de Fiorenzuola, perteneciente al Ducado de Parma, la familia de un humilde jardinero se veía acrecentada por el nacimiento de un varón a quien las aguas bautismales dieron el nombre de

Julio. Criado con las limitaciones de una familia pobre, educado en el humilde ambiente de sus padres, eran aquellos jardines su mayor ilusión y por ellos correteaba y en ellos trabajaba durante los primeros años de su existencia. Apenas había salido de la primera infancia, el deseo paterno de mejorar la situación social de su descendiente, le hizo ejercer las funciones de monaguillo en una de las parroquias de Plasencia donde podía ponerse en contacto con clérigos que iniciasen su educación. En efecto, cuando tenía 12 años, uno de éstos, cautivado por el natural despejo y avispada condición del pequeño monaguillo, le enseñó las primeras letras y le recomendó después a los religiosos regulares de San Pablo, llamados Barnabitas, que se dedicaban en Italia a la enseñanza. Ya en el colegio de los Barnabitas, aprendió el latín, adquirió grandes conocimientos en las letras sagradas y profanas y dió tales muestras de talento, viveza y fuerza de voluntad, que no sólo le granjearon la simpatía y la amistad de sus maestros, sino que los convirtieron en sus más decididos protectores. Uno de éstos, el Conde de Barni, elevado a la silla arzobispal de Plasencia, le nombró su Mayordomo, le ordenó de sacerdote, le dió un beneficio en la Catedral y, más tarde, le agració con una canonjía. La carrera religiosa del antiguo jardinero ya estaba encauzada y no se detendría hasta su nombramiento de Príncipe de la Iglesia; la carrera política la encauzaría él mismo inmediatamente después.

Nombrado preceptor de un sobrino del Arzobispo de Plasencia, le acompañó a Roma y allí se dedicó Alberoni al estudio de la lengua francesa, elemento indispensable para colocarse en los albores del siglo XVIII y que sería para él la llave mágica que le abriese de par en par las puertas de la política internacional. Durante su estancia en la Ciudad Eterna perfeccionó su educación, escogió su ambiente social y procuró relacionarse con los personajes más destacados de las Letras y de las Armas; se hallaban en su momento culminante las guerras de Luis XIV contra el imperio español de Carlos II, se combatía en Italia como en Navarra, Cataluña y el Luxemburgo, y llegaban a Roma vibrantes ecos de las batallas y afanes inagotables de conocer la marcha de los ejércitos. Se hallaba en aquella ciudad el Obispo Alejandro Roncovieri, agente diplomático del Duque de Parma y encargado por éste de conferenciar con el Mariscal Vendome, Generalísimo de las tropas francesas en Italia; Roncovieri se dispone a cumplir su misión, pero no domina el francés; hasta él ha llegado el pamesano Alberoni, que lo habla a la perfección, y el diplomático viejo se hace acompañar del debutante en diplomacia y abre a nuestro abate el maravilloso campo de la política francesa, en el que tan decisivamente había de intervenir.

Desde la primera entrevista con Vendome el triunfo de Alberoni fué decisivo. Alcanzados los treinta años de edad, su prestancia física se hallaba en

el mejor momento; nunca pudo presumir de bello, pues su estatura era más bien baja su cuerpo más grueso que esbelto y su fisonomía ancha y vulgar; pero sus ojos vivos y penetrantes, sus modales refinados, su conversación amena y agradable que podía mantener en correcto francés, su humor chancero y festivo y cierta dulzura y grandeza al mismo tiempo que emanaba de su persona, le ganaron seguidamente las simpatías, el afecto y la confianza del mariscal francés y aun de todos sus oficiales. Ya no pudo separarse Vendome de su "querido abate", como él le llamaba; lo retuvo a su lado mientras duró la campaña de Italia, lo llevó consigo a Francia presentándolo a Luis XIV con toda suerte de elogios, marchan juntos a Flandes cuando allí fué destinado el general y juntos se dirigen a España cuando los azares de la guerra de Sucesión colocaron a Vendome en la dirección de las tropas franco-españolas. Entonces conoció nuestro protagonista a Felipe V y María Luisa de Saboya y, sobre todo, a la Princesa de los Ursinos, factor preeminente de la corte española, y tan hábilmente supo ejercer sus dotes de captación y tanta maña se dió en penetrar los problemas y necesidades de la naciente Casa de Borbón, que cuando vió morir en sus brazos a su amigo y protector el general Vendome, fallecido en Vinaroz, ya había conjurado el peligro de abandono en que naturalmente debiera encontrarse al faltarle tan alta protección. Se dirigió rápidamente a Versalles para dar cuenta a Luis XIV del estado de España, confirmó ante el Rey Sol las cualidades de ingenio, habilidad e inteligencia que le habían sido auguradas en la primera entrevista y volvió de nuevo a España con recomendación personalísima del Rey Cristianísimo y como representante oficial en Madrid del Duque de Parma. Ya tenía todos los triunfos en su mano; había sido ennoblecido con el título de Conde, recibía de Luis XIV una pensión de mil seiscientas libras tornesas y el mismo Felipe V le había asignado otra pensión de cuatro mil pesos sobre las rentas del Arzobispado de Toledo; no tenía ningún enemigo y le sobraban condiciones para lograr y consolidar una brillante posición social; eran los finales de 1711 y mientras se preparaba la liquidación de la Guerra de Sucesión española, Alberoni, sin mentores ni protectores, obrando por su propia cuenta y bajo su sola responsabilidad, iba a comenzar a actuar.

* * *

Por muy diversos que sean los criterios con que se ha juzgado la conducta del futuro Cardenal, nadie ha dejado de reconocerle una certera sagacidad psicológica que le hacía adueñarse de la voluntad de cuantos le rodeaban y una extraordinaria habilidad para darse cuenta del ambiente en que se desenvolvía; no es, pues, de extrañar, por lo tanto, que este espíritu hábil y sagaz comprendiese fácilmente desde el primer día de su estancia en Madrid

la decisiva influencia de un elemento que había de manifestarse de un modo característico durante toda la Casa de Borbón; me refiero al elemento femenino. Así como la Casa de Austria, después de los dos personalísimos reinados de la época imperial del siglo XVI, cayó en los monarcas débiles y enfermizos que descargaban su autoridad en los numerosos validos del XVII, la Casa de Borbón, que tuvo desde el primer momento reyes abúlicos y melancólicos, hizo resaltar la influencia femenina en los momentos más culminantes de sus diversos reinados. Del rápido y triste período de Luis I apenas si se recuerda otra cosa que la alegre y caprichosa figura de su joven esposa María Luisa de Orleans. A Fernando VI no se le podrá comprender enteramente sin conocer el carácter de doña Bárbara de Braganza, la reina dulce y casera, del hogar tranquilo y sin hijos y la ambición ultraterrena, que dejó ese magnífico monumento de las Salesas Reales para admiración y orgullo de la villa de Madrid. Apenas se salva Carlos III, que ya venía marcado por la influencia de su madre, Isabel de Farnesio, y enviuda de María Amalia de Wartburgo a poco de entrar en España, para marcarse cada vez más poderoso el influjo femenino en la política de sus sucesores. Carlos IV quedará oscurecido por la actuación, el carácter y los caprichos de María Luisa de Parma. Fernando VII, el de las cuatro mujeres y las innumerables novias, el que suplica una princesa francesa que Napoleón le regateará y una princesa rusa que el Zar Alejandro le negará; el que entroncó sucesivamente, con las Casas de Nápoles, Portugal y Sajonia, acabó dejando planteada, precisamente a causa de una mujer, la cruenta guerra carlista que había de marcar la pauta de nuestro azaroso siglo XIX; y al alcanzar las mujeres la regencia y el trono español, llevaron ya a su último grado la tan repetida influencia femenina en los destinos de la Casa de Borbón.

Pues bien, el abate Alberoni, recién llegado a España, se dió perfecta cuenta de que para consolidarse en la Corte no era el favor del Rey lo que fundamentalmente había de buscar, sino el de la Reina María Luisa de Saboya y, sobre todo, el de su camarera mayor, la Princesa de los Ursinos, personaje el más influyente que en su camino podía tropezar; y durante tres años su labor de captación prosigue firme y constante, le convierte en primera figura y le hace elemento indispensable en aquella sociedad que alternaba la guerra con las más brillantes fiestas de Corte. No eran sólo los Reyes y la de Ursinos quienes solicitaban continuamente su presencia, era el Inquisidor General, Cardenal Giudice; era el propio Macanaz, que había de biografiarle; eran los ministros Orry y Amelet; eran todos los cortesanos españoles, franceses e italianos, los que competían en ostentar y presumir de la amistad del parmesano. Unas veces era su magnífica cocina la que producía aquellos espléndidos y bien condimentados platos de macarrones, de que tanto gustaba María Luisa de Saboya. Otras veces eran sus salones los que

atraían al Rey y los cortesanos para gozar de las delicias del **cú-cú**, aquel divertido juego tan en boga en Versalles y La Granja, que exigía de su organizador, Alberoni casi siempre, las dotes de un completo director de escena. Si había fiesta musical, Alberoni contrataba en su propio país los mejores músicos y confeccionaba los más selectos programas; si se preparaba un baile, venían de Mantua con asombrosa diligencia las más bellas flores para el ornato de los salones; si se organizaba una mascarada, él se encargaba de que llegasen de Venecia las caretas o disfraces más elegantes y apropiados. Y todo ello como un gran señor, sin darle importancia a nada, haciendo los regalos con generosidad, los servicios con delicadeza, las invitaciones con discreción y suntuosidad. Los más altos personajes de la Corte se disputaban un puesto en su mesa, donde los quesos, embutidos y vinos italianos no eran más que el adecuado complemento de una exquisita, interesante y amena conversación. De esta manera, insensiblemente, sin que a nadie sorprendiese el resultado, en los tres años que median entre 1711 y 1714, no sólo se transformó Alberoni en la figura más destacada de la España de Felipe V, sino que vino a ser también el político más enterado de los negocios de Estado, el mejor relacionado y el más apto para hacer frente a los complejos problemas que plantearían las paces de Utrecht y Rastadt.

Si la profunda transformación del mapa europeo que estos tratados representaban le iba a dar buena ocasión de demostrar su habilidad política, aun se vería complementada esta oportunidad por aquellos cambios inesperados en las figuras europeas a que hacíamos alusión hace unos momentos. Y de estos cambios, de aquellas muertes casi simultáneas que afectaban a Inglaterra, Francia y España, natural es que fuese esta última, la referente a la soberana María Luisa de Saboya, la que más directamente afectase y más urgentemente influyese en las decisiones del encumbrado Alberoni. Felipe V era joven, acababa de cumplir los treinta y un años, y su temperamento triste, que degeneraría en la típica melancolía borbónica, se avenía malamente con aquella temprana viudez que entenebrece su hogar. En vano la Princesa de los Ursinos extremaba sus atenciones y cuidados que han hecho sospechar a algunos en la existencia de sueños reales; había que buscar al Rey una nueva compañera de su vida y era esta elección un problema que exigía mucho tacto, mucha medida, mucha discreción, no sólo por lo que el matrimonio real representaba de alianza política, sino por la influencia que en el carácter de Felipe V habían de ejercer los deseos, aspiraciones o caprichos de su nueva mujer. Encontraba buen ambiente entre los españoles una candidatura portuguesa, aparecía espontánea una proposición de Baviera, observaban expectantes y recelosas Austria e Inglaterra, callaba la de Ursinos, quizá decepcionada por el fracaso de una utópica ilusión, dejaba hacer Felipe V... y entonces actuó Alberoni.

Suavemente, con paciencia infinita, con una habilidad que hubiera bastado para acreditarle de excelente diplomático, va anulando los argumentos de las distintas candidaturas, se gana hasta el límite la confianza de la Princesa de los Ursinos y sabiendo que era a ella y no al Rey a quien había que convencer, conociendo la crisis psicológica de aquella mujer que lo había sido todo y temía perderlo todo, comienza a insinuarle el nombre de la princesa italiana que a él le convenía, de la sobrina y heredera de su amo el Duque de Parma, de Isabel de Farnesio. Y de los labios de Alberoni sale un retrato ideal de la joven princesa, amable y dócil, prudente y callada, la más a propósito para no temer modificaciones en la política interna de palacio y asegurar en sus puestos a los que los ocupaban en la época anterior; y de las manos de Alberoni salen cartas a su confidente Rocca, en las que se muestra ufano del éxito de sus insinuaciones y los progresos de sus propósitos; y del ingenio de Alberoni surge el momento oportuno en que se comunica al Rey las ventajas de la nueva propuesta matrimonial y se obtiene de éste la más sincera y entusiasta aceptación. Cuando la Princesa de los Ursinos comenzó a tener nuevas noticias sobre el carácter y condiciones de la heredera de Parma, ya estaba el matrimonio concertado, ya se había realizado por poder y ya se hallaba la nueva reina en camino de España. Era tarde para volverse atrás, ya no era hora de reflexionar sobre la mayor o menor exactitud de los primeros informes, había que hacer frente a las circunstancias y captarse a la de Farnesio para no perder el favor real; había que salir a su encuentro y atraérsela como se había atraído a María Luisa de Saboya; pero la primera vez que se encontraron, en la entrevista de Jadraque, pudo convencerse la antigua camarista de la amarga realidad; la nueva reina se mostró fría y reservada, no aceptó sus cumplimientos, provocó la ruptura y allí mismo la expulsó de su presencia y la hizo salir de España, sin que en su larga y dolorosa peregrinación hasta la frontera la llegase el menor consuelo de aquel Rey para quien durante catorce años había sido su más íntimo e indispensable confidente.

Todo lo que la Ursinos perdió con la llegada de Isabel de Farnesio lo ganó Alberoni, paisano de la Reina y autor exclusivo de la nueva situación. En el triunvirato real de la época que acababa de terminar: Felipe V, María Luisa de Saboya y Princesa de los Ursinos, la mayoría era francesa; en el triunvirato que ahora se formaba: Felipe V, Isabel de Farnesio y Julio Alberoni, la mayoría era italiana. Alberoni había sido el autor del matrimonio real, pero esto no iba a ser más que el prólogo de un cambio radical en la política española. Se acababa de firmar una paz desastrosa para España y había que ir a la revisión y a la rectificación en todo lo posible de dicha paz; había imperado hasta entonces la sumisión a Francia, el temor a Inglaterra y el recelo a Austria, y era preciso hacer renacer otra vez el orgullo patriótico y la ambición nacional; se había recogido una España claudicante y en-

firmiza en los últimos años del siglo XVII, cuyas vestiduras se repartían con descaro en las cancillerías europeas, y había que demostrar a Europa que aun quedaban energías, recursos y decisión para poner en jaque a todos los ejércitos del continente. Esta fué la resolución de aquel político italiano y estos fueron los sentimientos que supo inculcar en sus reyes, el uno francés, italiana la otra, pero que tenían entre sí el común denominador de regir los destinos del pueblo español.

Claro está que no vamos a tener la candidez de creer que era un íntimo y exclusivo sentimiento hispano el que movía a aquellos tres personajes, ninguno de los cuales había nacido en España. En Felipe V, aparte del interés que pudiera tener en conservar y acrecentar la magnífica corona que le habían regalado, pesaba también el dolor de la derrota y el resquemor contra aquella Francia que no había dudado en abandonarle. En cuanto a Isabel de Farnesio, conocida es su preocupación maternal ante aquellos hijos que le van naciendo, que no pueden ser reyes de España porque tienen hermanos del primer matrimonio paterno y que muy bien pudieran colocarse si se conquistaran nuevos territorios. Y por lo que se refiere a nuestro Alberoni, ¿cómo iba a ver con buenos ojos el trato que estaba dando a sus paisanos el Emperador de Austria?; por patriotismo italiano había que arrancarle de nuevo aquéllos pedazos de Italia que se acababa de incorporar y a ello tenía que dirigir sus miras y sus esfuerzos. Pero si el análisis de cada uno de los personajes directivos de nuestra Patria nos lleva al descubrimiento de intereses particulares, la síntesis de su actividad tiene una resultante española y nacional. Porque todos necesitan la fortaleza de España, la resurrección de España, la rectificación de la política de España; todos se dedican a su organización y reconstitución, a mantener vivas las energías del pueblo, a forjar los ideales colectivos que arrastran a las masas, y así pudo decirle Alberoni a su Rey que si lograba mantener el reino en paz durante cinco años, él se comprometía a transformarlo en la monarquía más poderosa de Europa. Verdad es que no pudo el Rey alcanzar el plazo pacífico que su Ministro le pedía y a ello habrá que atribuir buena parte del fracaso de sus propósitos.

Por de pronto, mientras Alberoni se dedica con ahinco a la puesta en marcha de los vastos recursos españoles y activa la reorganización del país en los ramos de Hacienda, vida colonial y servicios públicos, y pone mano en la administración y fomenta la marina y hace surgir un nuevo y poderoso ejército, inicia en el terreno diplomático su intervención directa en la política internacional con aquella misma astucia y habilidad que tantos éxitos le habían valido en el orden personal. En Inglaterra tenía el peor enemigo, pero también en ella contaba con uno de aquellos nuevos peones que aparecieron en 1714: el pretendiente Jacobo Estuardo; pues bien, a Inglaterra

la halaga con concesiones comerciales que después dificulta todo lo posible, la engaña cultivando y protegiendo las aspiraciones del pretendiente, la amenaza, si es preciso, con proyectos de invasión. En Francia, aprovechando el tercer peón europeo constituido por el Regente Duque de Orleans, insinúa los derechos de Felipe V a la Regencia y aun al Trono francés, y crea entre ambos un mutuo recelo que hacía imposible la convivencia y sumisión de los años anteriores. Con Austria, la usurpadora de las posesiones españolas, la opresora de los estados de Italia, maneja garantías de no intervención y excita simultaneamente el ambiente de los italianos, a quienes promete una pronta liberación. Y con Roma, cuya categoría de potencia espiritual no podía dejarse de tener en cuenta, se reanudan las relaciones que había roto Felipe V durante la Guerra de Sucesión, se proyecta un Concordato, se envían galeras para salvar a la isla de Corfú del asedio turco y se le hacen tales promesas de nuevos socorros que el capelo cardenalicio fué el premio enviado por el Papa al que casi consideraba como el máximo defensor de la Cristiandad.

Y en tanto que por Europa se extendía una creciente inquietud que obligaba a tener todos los ojos fijos en España, mientras Inglaterra temía una invasión del pretendiente, Francia recelaba de las pretensiones de Felipe V, Austria temblaba por Nápoles, el Duque de Saboya por Sicilia y Génova por sus costas, mientras se formaban coaliciones para mantener el **statu quo** establecido por Utrecht y soñaba el Pontífice con la guerra general contra el turco, mientras todo eran celos, suspicacias, temores y desorientación, sólo Alberoni marcha firme y decidido en la realización de su programa: los astilleros trabajan a la máxima tensión, los depósitos de intendencia y municiones se llenan hasta los topes, los soldados se instruyen, los marinos se enrolan y una magnífica escuadra, con todos los complementos de personal y pertrechos necesarios, se concentra en el puerto de Barcelona en espera de los acontecimientos que no pueden tardar. Aun no había llegado el momento deseado por el ministro Alberoni, apenas si había transcurrido la mitad del plazo que solicitó de su Rey para hacer de España la primera potencia de Europa, pero la inestabilidad política era demasiado grande y los sucesos se precipitaron. El ministro de España en Roma, Don José Molinés, elegido Inquisidor General, se aventuró a pasar por el Milanésado a su regreso a España, confiado en el salvoconducto que el mismo Emperador le concedió; faltando éste a su palabra, detuvo y apresó al representante español. Ya no se trataba de una ofensa a las antiguas posesiones españolas o de una intervención peligrosa en la política italiana; ahora se trataba de una injuria directa contra España, de un ultraje a un ministro español, de una intracción premeditada de las normas jurídicas internacionales que sólo por la fuerza de las armas se podía reparar. Y entendiéndolo así Alberoni y Fe-

lipo V, dejaron a un lado la actuación diplomática y abrieron el cauce de la guerra para imponer su razón.

En los primeros días de julio de 1717 zarpaba del puerto de Barcelona una magnífica escuadra que era despedida con miradas de orgullo por aquellos españoles que soñaban con las hazañas marineras de sus antepasados. Doce buques de guerra y ciento de transporte, 8.000 infantes, 600 caballos y 60 cañones, pertrechos y víveres para tres meses, constituían aquella expedición que dirigía el Marqués de Lede con orden de conquistar la isla de Cerdeña arrebatándosela al Emperador. La campaña de Cerdeña, inesperada para todos menos para Alberoni, fué una espléndida evocación de nuestros glorias imperiales del siglo XVI; rendida Cagliari, la capital, tomadas las principales plazas fuertes, despertado en los naturales del país el recuerdo y el amor a España que no habían podido borrar otras dominaciones, pudo darse por terminada la conquista a los dos meses de iniciada y regresar triunfante el Marqués de Lede ante el estupor y la alarma de las potencias europeas y el júbilo y entusiasmo del pueblo español.

La irritación de Austria al ver que se le arrancaba una de las mejores provincias que acababa de adquirir; la sorpresa de Francia al comprobar que para nada se había contado con ella; la indignación de Inglaterra al observar cómo se rompía aquel **statu quo** europeo que ella se había ofrecido a garantizar; el estupor del Papa al ver que aquel esfuerzo guerrero no se había dirigido contra el infiel; el temor de Saboya por la recién adquirida Sicilia, y la esperanza de napolitanos y milaneses ante aquel inesperado y brillante ejemplo de liberación, levantaron en toda Europa un intenso clamoreo en el que sólo se hablaba de España, de Felipe V y de Alberoni, de las intenciones de los españoles, de las consecuencias de sus actos y de los alcances que pudieran tener. Y mientras se cruzaban por todo el continente las quejas y los apóstrofes, las amenazas y las promesas, mientras se organizaban nuevas alianzas y se insinuaban posibles concesiones, Alberoni continúa tan impertérrito como antes su labor de organización interior y se prepara a dar un nuevo golpe más importante y más audaz que el anterior.

Imponiendo la más severa economía en todos los ramos de la administración pública, sin exceptuar la Casa real; dando un ejemplo de austeridad que hizo innecesaria la imposición de nuevas contribuciones, se acumulaban en abundancia municiones, víveres y vestuario, se construían naves, se fabricaban cañones, se organizaban tropas, con una precisión y celeridad que a propios y extraños maravillaba. Y es que en esta ocasión ya no tenía Alberoni que convencer a nadie de la necesidad de equiparse y organizarse. El éxito de la campaña de Cerdeña había sonado en los oídos de los españoles como un clarín de glorias ancestrales y todos se agruparon como un solo hombre al lado del ministro que despertaba su espíritu racial; llovían

los donativos voluntarios, se cubrían con rapidez las levadas de soldados y marinos; hasta los miqueletes de Aragón y Cataluña, pocos años antes tan enemigos del rey Don Felipe, formaron batallones disciplinados y entusiasmados; hasta los contrabandistas de Sierra Morena cubrieron el cupo de dos regimientos de voluntarios. Aquel despertar nacional, aquella aportación unánime y total, que sólo tenía precedentes en la campaña de Granada con los Reyes Católicos, o en las expediciones a América con Carlos V, o en las empresas católicas de Felipe II; aquella movilización espontánea que sólo se repetiría en la Guerra de la Independencia contra Napoleón o en el Alzamiento Nacional contra la presión comunista, mostraba bien a las claras cómo se había identificado Alberoni con el espíritu español y cómo había sabido despertar un ideal colectivo que arrastrase a toda la nación.

Sólo así se comprende que en junio de 1718, es decir, al año escaso de haber salido la primera armada para Cerdeña, partiese del puerto de Barcelona una nueva expedición militar compuesta de treinta navíos de guerra y 340 de transporte, en los que iban más de 30.000 hombres excelentes y aguerridos, con todos los pertrechos, víveres y armamento que pudieran necesitar. Con razón dice un historiador inglés, nada adicto por lo tanto a nuestra causa y menos aún a la figura de Alberoni, que las grandes potencias de Europa vieron con asombro que España, como león, emblema de sus armas, despertaba tras de un siglo de letargo, desplegando un vigor y una firmeza dignos de los más brillantes tiempos de la monarquía, haciendo temer que se renovase una guerra a que apenas acababa de poner término el tratado de Utrecht.

Aquella brillante escuadra que había surgido casi de la nada, que era una obra maestra del mejor colaborador que tuvo Alberoni, del Intendente general de mar y tierra Don José Patiño, que merece ver su nombre colocado donde quiera que se encuentre el de un gran español, se dirigió a la isla de Sicilia que se le había señalado como objetivo, hizo el primer desembarco en la bahía de Salento, ocupó Palermo, su capital, rindió el castillo de la ciudad, tomó rápidamente Castellamare, Trápani, Catania, Mesina, Siracusa y otras plazas y ciudades y recibió de los naturales de la isla aquellas muestras de cariño y recuerdo cordial que garantizaban, como en Cerdeña, el pronto y feliz término de la expedición. Mas cuando todo parecía logrado, cuando las más lisonjeras noticias llegaban a España, ocurre el golpe fatal e inesperado que destruye aquella ilusión casi hecha realidad. Aparece una escuadra inglesa en las aguas sicilianas; no es una escuadra enemiga, no existe declaración de guerra entre los dos países, la confianza de los españoles, desde luego excesiva, no recela el peligro inmediato, y cuando están todos los buques mezclados, cuando no existe disposición ni línea militar en la escuadra española, inician los ingleses un ataque a placer y destruyen totalmente, ex-

cepto cinco o seis naves, aquella armada magnífica que con tanto orgullo había salido del puerto catalán.

El desastre naval del cabo Passero representa el principio del fin en el colosal esfuerzo español y en los proyectos del Cardenal Aberoni. Mientras nuestras tropas expedicionarias de Sicilia quedaban aisladas de la metrópoli sin posibilidad de recibir refuerzos ni abastecimientos, la escuadra inglesa protegía los desembarcos austriacos que iban aumentando a medida que el Emperador se veía libre de otras preocupaciones; mientras el gobierno español presentaba al inglés sus quejas y reconvenciones por el injustificado ataque, Inglaterra formaba con Austria, Holanda y hasta Francia la Cuádruple Alianza y lograba arrancar sucesivamente a cada una de estas naciones la declaración de guerra contra el pueblo español. Se formaba contra España la más formidable de las coaliciones europeas, se encendía la guerra en las costas españolas, en la frontera francesa, en las posesiones italianas y en el mar, y, lo que era peor para nuestro protagonista, se dió a la campaña la consigna de que no se dirigía contra el monarca Felipe V, ni contra su pueblo, sino contra el ministro que le había aconsejado.

El esfuerzo realizado por Alberoni para detener aquella terrible tormenta que se le venía encima fué verdaderamente gigantesco y sólo comprensible en aquella voluntad férrea e indomable. Organiza tres cuerpos de ejército para defender la frontera francesa, logrando que uno de ellos no sólo rechace a las tropas del Duque de Berwick, sino que penetre en la Cerdeña francesa; se pone en relación con el Zar y con Carlos XII de Suecia para que preparen una expedición a Escocia en favor del pretendiente inglés Jacobo Estuardo; favorece en París la llamada conjuración de Cellamare que había de acabar con la regencia del Duque de Orleans; llega a hacer salir de los puertos españoles una escuadra encargada de realizar la invasión de Inglaterra... pero todo era en vano y cada vez se resquebrajaba más el terreno bajo sus pies.

Bien fuese porque Alberoni no hubiese llegado a suponer la cantidad y calidad de los enemigos que se le enfrentarían o porque no se llegase a cumplir el plazo de cinco años que él había previsto para ejecutar su plan, lo cierto es que las desgracias se acumularon rápidamente y cada día que pasaba se acentuaba el fracaso de sus ilusiones. El Duque de Berwick, aquel mismo general que años antes defendía las banderas de Felipe V, tomaba San Sebastián, asaltaba Santoña y saqueaba Vigo; la conjuración de Cellamare abortaba, el auxilio de las Cortes nórdicas se retrasaba, la expedición a Inglaterra se deshacía entre tempestades como una segunda Armada Invencible y el ánimo del Rey se veía trabajado por cortesanos y diplomáticos, amilanado por los peligros y esperanzado por ilusorias promesas si rompía la confianza que hasta entonces había puesto en el ministro Cardenal.

Y como siempre se rompe la cuerda por lo más débil, y como Felipe V ya

había visto con el ejemplo de la de Ursinos lo fácil que era abandonar a un favorito, acepta la condición única que le exige la Cuádruple Alianza y publica en diciembre de 1719 el Decreto de destitución y expulsión del Cardenal Alberoni. Mientras éste sale de España y comienza su odisea en Italia, perseguido y acusado por todos, discutiéndose incluso su derecho al capelo, hasta que el tiempo, calmando pasiones, y la verdad anulando calumnias le permitieron acabar sus días en Roma rodeado del respeto y la consideración general, España unía sus destinos a la Cuádruple Alianza, que era unirlos a los tratados de Utrecht, y entre ilusiones maternas y reales melancolías iniciaba aquella serie de Pactos de Familia en los que siempre se contaba con ella cuando había que pegar y siempre se la dejaba sola cuando era hora de pagar.

* * *

Así pasó Alberoni por la tierra española, y no interesan para nuestro comentario los treinta y tantos años que pasó en Italia después de abandonar la Corte de Felipe V. A primera vista, su labor se había perdido y fué baldío su esfuerzo por levantar al suelo español; pero la Historia, gran justiciera, no permite que caiga nada en el vacío y aun nos ofrece las huellas perennes de aquella voluntad ejemplar. El había marcado la orientación hacia Italia de la política española, y cuando aun vivía en Roma, cuando pasados los 80 años podía recordar con nostalgia su período de ministro español, la paz de Aquisgrán, de 1748, concedía al Infante don Carlos el reino de Nápoles y a su hermano don Felipe los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla; él había iniciado la influencia directa de personajes italianos entre los Borbones españoles, y no debió quedar tan mal recuerdo de su mutua comprensión cuando Farinelli, Tanucci y Esquilache siguen haciendo resonar la eufonía italiana en la corte de nuestros reyes; él supo demostrar cuán fácil era para un italiano el identificarse con el sentimiento y el alma de España, y hoy estamos nosotros aquí confirmando, una vez más, esta sencilla y profunda compenetración.

No era Alberoni un personaje esporádico que surgiese de un modo eventual en nuestra historia; era la natural conjunción de dos pueblos que saben hallarse en los momentos difíciles; era la consecuencia espontánea de dos civilizaciones de origen común; era la resultante normal de esa vida paralela de que os hablaba al principio y que sólo espera la ocasión oportuna para poderse manifestar. Por eso he podido hablaros de un ministro italiano al relataros un momento culminante de nuestra historia; por eso habéis escuchado a un español en un Instituto italiano de cultura; por eso os encontráis aquí evocando un pasado que es mutuo, como mutua es la grandeza de ese pasado. Y cuando a un ayer de compenetración le sigue un presente de ver-

dadera fusión, cuando a un trabajo de paz como el nuestro se une un esfuerzo guerrero como el de nuestros soldados, cuando la identificación de las mentes es reflejo de la identificación de corazones, bien seguros podemos estar de que el inmediato y glorioso porvenir ha de seguir entrelazando en nuestra mutua historia nuevas y brillantes páginas como aquella que escribió el ministro italiano de la Corte de Felipe V: Cardenal Julio Alberoni.



MADRID

IMPRENTA, JUAN BRAVO, 5

FINALIDADES Y ACTIVIDADES DEL INSTITUTO DE CULTURA ITALIANA EN ESPAÑA

El Instituto de Cultura Italiana en España ha sido creado por el Gobierno italiano, con el fin de intensificar las relaciones científicas, literarias y artísticas entre España e Italia.

La Sede Central está en Madrid y tiene Secciones y Delegaciones dependientes en todas las principales ciudades de España.

El Instituto desarrolla su actividad en cursos de lengua y cultura italiana, a cargo de profesores enviados por el Gobierno italiano; organiza ciclos de conferencias sobre la vida italiana y las relaciones culturales entre Italia y España, fo-

menta conciertos, exposiciones y demás manifestaciones artísticas.

El Instituto posee en su Sede de Madrid, como en sus principales Secciones, bibliotecas y hemerotecas a disposición de los inscritos a los cursos y de todos los estudiosos españoles.

Publica además una serie de «QUADERNI» en la que se dan a conocer las conferencias más interesantes que se han dado en Madrid y en las varias Secciones. Han salido:

- 1) SÁNCHEZ TEJERINA.—LOS GRANDES PENALISTAS ITALIANOS (Salamanca, 20 de marzo de 1941).
- 2) MELÓN RUIZ DE GORDEJUELA.—ANTONIO PIGAFETTA (Valladolid, 29 de marzo de 1941).
- 3) PÉREZ FERNÁNDEZ.—ELEMENTOS DE ARQUITECTURA ITALIANA EN SALAMANCA (Salamanca, 31 de mayo de 1941).
- 4) ROYO-VILLANOVA Y MORALES.—ACTUALIDAD DE LUIS GALVANI EN LA BIOLOGIA Y EN LA MEDICINA MODERNAS (Valladolid, 30 de mayo de 1941).



Distribución geográfica de las Secciones y Delegaciones del Instituto.